

para hablar al hijo de la señora Adela Duresnel, desgraciada esposa de ese monstruo, el Maestro de Escuela.

— Sin duda; y yendo á buscar á Brazo-Rojo á su zahurda de la Cité, calle de Fèves, número 13, fué cuando monseñor halló al Churiador y á la Cantaora. S. A. R. quiso aprovechar esta ocasión para ver por sus ojos aquellos sitios inmundos, esperando hallar algún desgraciado para sacarlo de la miseria... No le engañó su presentimiento; ¡pero á costa de cuántos peligros!

— De los cuales habéis participado valerosamente, mi querido Murph...

— Para eso soy el *carbonero particular* de S. A. R. — repuso Murph sonriendo.

— Decid más bien, mi digno amigo, el intrépido custodio de su persona: pero es por demás hablar de vuestro valor y lealtad. Voy á continuar mi relación... He aquí la nota concerniente á Francisco Germán, hijo de la señora Adela y del Maestro de Escuela, llamado por otro nombre Duresnel.

« Hará como unos diez y ocho meses que ha llegado á París un joven llamado Francisco Germán, procedente de Nantes, en donde había sido dependiente de los banqueros Noel y compañía.

« Resulta de las confesiones del Maestro de Escuela y de las cartas que se hallaron en su poder, que el malvado á quien había confiado su hijo para que le pervirtiese á fin de que les fuese útil un día en sus tramas criminales, descubrió al joven el horrible proyecto, con intento de que favoreciese el meditado plan de robo y falsificación que se quería hacer en perjuicio de la casa de Noel y compañía, en donde estaba empleado Francisco Germán.

« Éste desechó indignado semejante proposición; mas no queriendo denunciar al hombre que lo había criado, escribió á su principal una carta anónima instruyéndole de la trama que se preparaba, y salió ocultamente de Nantes para huir de los que habían querido hacerle instrumento y cómplice de sus crímenes.

« Luego que estos miserablestuvieron noticia de la huida de Germán, vinieron á París, se abocaron con Brazo-Rojo y se dieron á perseguir al hijo del Maestro de Escuela, sin duda con siniestras intenciones, porque el joven conocía todos sus planes. Al cabo de largas indagaciones descubrieron por último su morada; pero de nada les sirvió, porque habiendo encontrado Germán algunos días antes al que había querido seducirlo, adivinó el motivo que podía traerle á París y cambió inmediatamente de domicilio. El hijo del Maestro de Escuela consiguió salvarse otra vez de sus perseguidores.

« Sin embargo, hace unas seis semanas que descubrieron su morada en la calle del Templo, número 17, y al entrar en su casa hubo de ser víctima de una celada: (el Maestro de Escuela había ocultado esta circunstancia á monseñor).

« Germán adivinó de donde venía el golpe, se mudó de la calle del Templo,

y otra vez se ignora su residencia. Este es el estado en que se hallaban las indagaciones cuando el Maestro de Escuela fué castigado por sus crímenes.

« Por orden de monseñor volvieron á empezarse, y he aquí el resultado:

« Francisco Germán habitó por espacio de cerca de tres meses la casa número 17 en la calle del Templo; casa muy extraña por las costumbres y el género de industria de las personas que la habitan, de quienes era muy estimado Germán por su carácter alegre, servicial y franco. Aunque sus recursos eran al parecer muy estrechos, prodigaba el más tierno cuidado á una familia indigente que vivía en las buhardillas de la casa. En vano se ha procurado averiguar en la calle del Templo la nueva morada de Francisco Germán y la profesión que ejerce; aunque se cree que debe estar empleado en alguna casa de comercio, porque siempre salía por la mañana y no volvía á entrar hasta las diez de la noche. La única persona que debe saber á punto fijo en donde vive actualmente Francisco Germán, es una costurerita muy linda, llamada Alegría, que vive en un cuarto inmediato al que ocupaba Germán. Este cuarto se halla desalquilado desde que el joven ha desaparecido, y sólo con pretexto de alquilarlo se han podido hacer las averiguaciones sucesivas... »

— ¿Decís que se llama Alegría esa chica? — preguntó de repente Murph, que estaba como distraído hacia algunos momentos. — ¡Alegría! yo conozco ese nombre.

— ¡Cómo! ¿qué decís, señor Gualterio Murph! — repuso el barón sonriendo — ¿es posible que conozcáis así á las costureritas de París?... á la señorita Alegría... vos que sois un padre de familia tan respetable... tan... ¡Vaya, apenas doy crédito á mis oídos!...

— Amigo mío, S. A. me ha puesto tantas veces en el caso de trabar conocimiento con gentes de esa clase, que á la verdad no tenéis derecho para esparfaros. Pero ya caigo... Sí... me acuerdo perfectamente: monseñor, al referirme la historia de la Cantaora, no ha podido menos de reirse con el nombre singular de esa Alegría: si mal no me acuerdo es una amiga que tuvo en la prisión Flor de María.

— ¡Acabáramos!... pues bien, ahora la señorita Alegría puede sernos utilísima. Voy á concluir mi relación:

« Quizá sería conveniente alquilar el cuarto referido de la casa de la calle del Templo. Aunque no había orden para llevar más adelante las averiguaciones, por algunas palabras que se escaparon á la portera, debemos esperar que no sólo se podrán obtener en la casa noticias seguras del hijo del Maestro de Escuela por medio de la señorita Alegría, sino que monseñor hallará también ocasión para observar de cerca unas costumbres, un modo de vivir y un género de miseria de que no tiene acaso la menor idea. »

— Ya veis, amigo mío, — dijo el barón de Graün al acabar la lectura de su



informe, el cual entregó á Murph — que según estas noticias debemos buscar la pista de los padres de la Cantaora en casa del notario Jaime Ferrán, y que á la señorita Alegria es á quien debemos preguntar en donde vive ahora Francisco Germán. Me parece que hemos adelantado mucho con saber buscar lo que buscamos.

— No hay duda, barón; y estoy seguro de que en esa casa de que habéis hablado, hallará monseñor un vasto campo para sus observaciones. ¿ Os habéis informado también de lo perteneciente al marqués de Harville?

— Sí; y á lo menos en la cuestión de dinero resulta que los temores de S. A. R. no son fundados. Badinot asegura, y yo lo creo bien informado, que los bienes del marqués no se hallaron nunca en mejor estado.

— Después de haber indagado en vano la causa del profundo pesar que mina la existencia del marqués, monseñor había creído que quizá se hallaría falta de dinero; en cuyo caso le hubiera socorrido con la misteriosa delicadeza que conocéis... Pero ya que han salido erradas sus conjeturas, preciso será que renuncie á seguir el hilo de ese enigma, con tanto mayor dolor de su parte porque quiere entrañablemente al marqués de Harville.

— Es muy natural, porque S. A. R. no ha olvidado nunca lo que debió su padre al padre del marqués. Ya sabéis, querido Murph, que en 1815, cuando tuvo lugar la reorganización de los Estados de la Confederación Germánica, el padre de S. A. R. estuvo á punto de ser eliminado á causa de su conocida adhesión á Napoleón. El difunto marqués de Harville prestó entonces grandes servicios al padre de S. A., valido de la amistad que le dispensaba el emperador Alejandro; amistad contraída durante la emigración del marqués en Rusia, y que invocada por él á la sazón tuvo una influencia ilimitada en las deliberaciones del congreso en que se debatieron los intereses de los príncipes alemanes. En cuanto á la amistad de monseñor con el joven de Harville creo que ha empezado en 1815, época en que eran aún muy niños los dos, y en la cual estuvo el viejo marqués en la corte del gran duque reinante á la sazón.

— Sí, los dos conservan agradables recuerdos de esa época dichosa de su juventud. Pero monseñor profesa además un profundo reconocimiento á la memoria del hombre cuya amistad ha sido tan útil á su padre, que todos los que pertenecen á la familia de Harville tienen derecho á la benevolencia de S. A. Así es que la pobre señora Adela debe más bien á su parentesco los beneficios de que la colma monseñor, que á su infortunio y á sus virtudes.

— ¡ Quién! ¿ la señora Adela Georges? ¿ la mujer de Duresnel? ¡ del presidiario llamado el Maestro de Escuela! — exclamó el barón.

— Sí... la madre de ese Francisco Germán á quien buscamos, y á quien espero que hallaremos.

— ¿ Es parienta de Harville?

— Era prima de su madre y su íntima amiga. El viejo marqués profesaba á la señora Adela la amistad más afectuosa.

— Pero decidme, querido Murph, ¿ cómo ha permitido la familia de Harville que se casase con ese monstruo de Maestro de Escuela?

— M. de Lagny, padre de esa desgraciada é intendente del Langüedoc antes de la revolución, era dueño de pingües haciendas y pudo salvarse de la proscripción. En los primeros días de tranquilidad que sucedieron á aquella época terrible pensó en casar á su hija y habiéndola pretendido Duresnel, que era rico, pertenecía á una distinguida familia parlamentaria y ocultaba su perversa inclinación bajo un exterior hipócrita, le dió la mano de la señorita Lagny. Disimuló por algún tiempo aquel infame los vicios que le dominaban, pero al fin todos se fuéron descubriendo: disipador, jugador desenfrenado y entregado á una continua embriaguez, no tardó en consumir sus propios bienes y los de su mujer en los vicios más bajos y detestables, y hasta fué vendida la misma hacienda á que se había retirado la señora Adela después del naufragio de casi toda su fortuna. En esta época fué cuando la señora Georges se reunió con su hijo á la marquesa de Harville, á quien amaba como una hermana. Duresnel, viéndose arruinado, buscó en el crimen nuevos medios de subsistencia; hizose falsario, ladrón y asesino; fué condenado á presidio por vida, consiguió robar su hijo á su mujer y lo confió á otro criminal de su mismo temple... Lo demás ya lo sabéis. Después de la condenación de su marido, la señora Adela dejó la compañía de la marquesa viuda de Harville, y sin decir el motivo de su conducta, vino á ocultar su vergüenza en París, en donde se vió reducida á la más profunda miseria.

— ¿ Y cómo ha encontrado monseñor á madama Duresnel?

— Cuando éste fué á presidio, su mujer quedó reducida á la más espantosa miseria y tomó el nombre de Georges.

— ¿ Y encontrándose en tan desesperada situación no acudió á su buena amiga y parienta la marquesa de Harville?

— Había muerto antes de la condesa de Duresnel, y además, dominada por un sentimiento de delicadeza, madama Georges nunca quiso presentarse á su familia. Una sola vez, encontrándose enferma imploró el socorro de M. de Harville, el hijo de su mejor amiga. Entonces fué cuando monseñor la encontró.

— ¿ Cómo?

— Yendo un día á visitar á M. de Harville vió delante de él á una infeliz mujer miserablemente vestida y con todas las huellas del sufrimiento marcadas en su rostro. La siguió, la vió entrar en una casa de pobre aspecto, y supo que trabajaba pura vivir y que no tenía ni salud ni trabajo. Al día siguiente yo fui con monseñor á su casa y llegamos á tiempo para impedir que muriera de hambre.



El resultado fué que la socorrió generosamente y la hizo salir de París y establecerse en la quinta de Bouqueval, en donde se halla hoy con la Cantaora. Si no ha encontrado la felicidad en aquel sosegado retiro, vive á lo menos



La siguió la vió entrar en una casa de pobre aspecto...

tranquila y puede distraer sus penas dirigiendo los quehaceres del establecimiento... Monseñor ha ocultado á Harville la circunstancia de haber rescatado á su parienta de la miseria más espantosa, así para no ofender la delicadeza de

la señora Adela, como porque no le gusta hacer alarde de sus beneficios.

— Ahora comprendo el doble empeño de monseñor en buscar al hijo de esa desgraciada.

— De todo lo dicho podréis deducir, mi querido barón, el afecto que S. A. R. profesa á toda esa familia, y cuán vivo dolor sentirá al ver tan triste al marqués, siendo así que tiene motivos para vivir contento y feliz.

— En efecto, ¿ qué le falta al marqués de Harville? Todo lo reúne; nacimiento, bienes de fortuna, talento, juventud; su mujer es encantadora y tan discreta como hermosa.

— No hay duda; y monseñor no ha pensado jamás en las indagaciones de que acabamos de hablar sino después de haber intentado en vano penetrar la causa de la negra melancolía del marqués; pues aunque éste se ha mostrado siempre agradecido á la benevolencia de S. A. R., guardó invariablemente la mayor reserva con respecto á la causa de su tristeza. ¿ Estará esa causa en el corazón?

— Dicen que está muy enamorado de su esposa; pero ella no le da motivo de celos. La encuentro muchas veces en sociedad y siempre rodeada de admiradores, como lo están todas las mujeres amables y hermosas, pero su reputación no ha sufrido jamás el menor ataque de la maledicencia.

— Sí, y el marqués se alaba con frecuencia de la virtud de su mujer... Sólo una vez ha tenido con ella una ligera discusión con motivo de la condesa Sara Mac-Gregor.

— ¿ Se conocen?

— Por una desgraciada casualidad, hace diez y siete ó diez y ocho años que el padre del marqués de Harville ha conocido á Sara Seytón de Halsbury y á su hermano Tomás en París, en donde se hallaban protegidos por la embajadora de Inglaterra. Cuando los dos hermanos pasaron á Alemania, el viejo marqués les dió cartas de introducción para el padre de monseñor, con quien seguía una correspondencia. ¡ Ah, querido barón! sin esta recomendación muchas desventuras se hubieran evitado, porque monseñor no hubiera conocido á esa mujer. Finalmente, habiendo sabido la condesa Sara cuando vino á París la amistad que unía á S. A. R. con el marqués, se introdujo en casa de Harville con la esperanza de encontrar en ella á monseñor; porque tiene empeño en perseguirle como él en evitarla...

— ¡ Sólo ella podría disfrazarse de hombre para seguir á S. A. R. hasta la Cité! Sólo ella es capaz de una idea semejante.

— Esperaba acaso llamar la atención de monseñor é inducirle á tener con ella una entrevista, que siempre la ha rehusado... Pero volviendo á la señora de Harville, su marido, á quien monseñor había hablado de Sara oportunamente, la ha aconsejado que viese á la condesa lo menos posible; pero sedu-



cida la marquesa por la adulación hipócrita de aquélla ha opuesto alguna resistencia al consejo de Harville. Esto dió lugar á algunas disensiones, que no pueden ser la causa del abatimiento de ánimo que se observa en el marqués.

— ¡Qué mujeres hay en el mundo, querido Murph! Siento en el alma que la señora de Harville tenga con esa Sara la menor relación... La joven y encantadora marquesa no podrá menos de perder con el trato de una criatura tan diabólica.

— Á propósito de criaturas diabólicas — dijo Murph — aquí tenéis un informe relativo á Cecilia, la indigna esposa de David.

— Sea dicho entre nosotros, amigo Murph, pero esa insolente mestiza merecería el terrible castigo que su marido, nuestro buen doctor negro, ha dado al Maestro de Escuela por orden de monseñor. También ella ha hecho derramar sangre, y su conducta es abominable y espantosa.

— ¡Y sin embargo es tan bella, tan seductora! Me horroriza el ver una alma tan perversa bajo un exterior tan hermoso.

— Cecilia es doblemente odiosa considerada de ese modo; pero yo espero que este despacho anulará la orden dada por monseñor sobre esa mujer.

— Al contrario... barón...

— ¿Quiere aún monseñor que se facilite la huída del castillo á donde ha sido echada por toda su vida?

— Sí.

— ¿Y que su pretendido raptor la traiga á Francia... al mismo París?

— Sí, y mucho más aún... por este pliego se ordena que se apresure la evasión de Cecilia y que viaje con la mayor rapidez posible, á fin de que llegue aquí dentro de quince días.

— Esa orden me confunde... ¡monseñor ha manifestado siempre tal horror hacia esa mujer, que !...

— Y hoy la mira con más horror que nunca, si es posible.

— ¡Y sin embargo la hace venir á su lado! Por lo demás no dejará de ser fácil, como cree S. A. R., el conseguir la extradición de Cecilia si no cumple lo que de ella se espera. Se manda al hijo del alcaide del castillo de Gerolstein que robe esa mujer fingiéndose enamorado, y se le facilitan todos los medios para llevar á cabo este proyecto... La mestiza aprovechará desde luego la ocasión de huir, seguirá al supuesto raptor y se vendrá á París; pero siempre estará sujeta á la condenación; nunca dejará de ser una criminal que ha roto su condena, y esto puede evitarse si S. A. R. lo lleva á bien, pues cuento con medios para obtener su extradición.

— David quedó petrificado, querido barón, cuando supo por monseñor la próxima llegada de Cecilia, y exclamó: « ¡Espero que V. A. R. no me obligará á ver á ese monstruo! » — « No temáis — repuso monseñor — no volveréis á

verla... pero la necesito para llevar adelante ciertos proyectos. » — Esta declaración libró á David de una pesadilla; pero estoy seguro que lo atormentan sin cesar dolorosos recuerdos.

— ¡Pobre negro!... es capaz de amarla todavía. ¡Dicen que está aún tan hermosa!...

— Sí... demasiado hermosa... Sería necesario el ojo sutilísimo de un criollo para descubrir la *sangre mixta* en la imperceptible línea acobrada que corona las uñas color de rosa de esa linda mestiza. Nuestras beldades del Norte no tienen un cutis más blanco y puro ni un color más transparente.

— Me hallaba en Francia cuando monseñor trajo consigo de América á David y Cecilia, y sé que el fiel negro profesa desde entonces á S. A. R. una adhesión y un reconocimiento sin límites; pero jamás he podido saber por qué aventura se ha consagrado al servicio de monseñor y cómo ha venido á casarse con Cecilia, á quien he visto por primera vez un año después de su casamiento: ¡y Dios sabe el escándalo que dió ya entonces!

— Yo puedo informaros de lo que deseáis saber, querido barón: he acompañado á monseñor en su viaje á América, en donde ha rescatado á David y á la mestiza de la situación más espantosa.

— Os lo agradeceré, mi querido Murph: empezad que ya os escucho — dijo el barón.

## V

## HISTORIA DE DAVID Y DE CECILIA

— Mr. Willis, rico hacendado angloamericano de la Florida — dijo Murph — descubrió en uno de sus esclavos negros llamado David, joven destinado al servicio de la enfermería de su posesión, un entendimiento extraordinario y una profunda conmiseración hacia los enfermos á quienes prestaba con tierno cuidado el socorro que prescribían los médicos; y finalmente, una vocación tan decidida para el estudio de la botánica aplicada á la medicina, que, sin ningún género de instrucción, había llegado á clasificar una especie de *Flora* de las plantas de la hacienda de su amo y de las cercanías. La posesión de Mr. Willis estaba situada á la orilla del mar y distaba quince ó veinte leguas de la población más inmediata; y como los médicos del país eran harto ignorantes y poco exactos en el desempeño de su ministerio á causa de las grandes distancias y de la dificultad de las comunicaciones, resolvió remediar este grave inconveniente en un país sujeto á frecuentes epidemias, teniendo siempre á la mano un facultativo hábil; á cuyo fin dispuso que David viniese á Francia para estudiar la medicina... David salió para París lleno de gozo con su nueva